

EL TEATRO DE BATAILLE

HAY en nuestra existencia horas de ensueño y de vulgaridad, de lirismo y de grosería, de pasión y de olvido, de duda y de fe, de ilusión y de desencanto, de desinterés y de venalidad, en los cuales pasamos del idealismo más generoso a la servidumbre de los instintos más humildes. Pascal había resumido esas diversas temperaturas del alma humana asignándonos un ángel y un demonio como testigos de nuestros pasos y guardianes de nuestro destino. Alcanzar en la dinámica espiritual «una media de bondad» es reivindicar nuestro derecho a ser tenidos por honrados; pero ese derecho no basta a librarnos del reproche contrario, ya que nuestra decencia interior, por no ser uniforme, dista considerablemente de la perfección. El hombre integral no es bueno ni malo. En potencia o en acto, lleva en sí todos los defectos de la especie.

En cuanto se medita sobre eso, se cae en la cuenta de que el teatro, en su estructura tradicional, es un tejido de mentiras, porque, en su esfuerzo de condensación de los valores morales, deforma la realidad, que no es jamás, como pretenden darlo a entender los dramaturgos, uniforme. Llevar a la escena caracteres enteros e inalterables, que no se dejan influir por la pasión ajena, es adulterar la vida. ¿Acaso no puede haber eclipses en la conciencia?

Precisamente lo que da a nuestra conciencia un sentido trágico es esa fermentación de apetitos y ese misterioso aleteo de aspiraciones ideales, que agitan nuestro ser y que nos llevan, por alternativas inexorables, del egoísmo a la bondad, del impulso generoso a la tentación perversa. Solamente las personas de entendimiento muy elemental dogmatizan sobre el valor moral de sus semejantes. El hombre inteligente y reflexivo procede, al formular sus juicios, con más prudencia. No nos revelamos por entero—ha dicho Bataille—sino en muy raras ocasiones. Lo que descubrimos, generalmente, no es más que un aspecto, a menudo el menos interesante, de nuestra personalidad. La dramaturgia tradicional, confinándose voluntariamente en la observación de las manifestaciones más vulgares del ser humano, ha desdibujado todo ese océano misterioso de nuestra conciencia, en cuyo fondo se agitan los más enérgicos estímulos de nuestra psiquis. En el teatro casi todo es convencional: los hechos, las situaciones y los caracteres. El dramaturgo aspira a dos fines: desconcertarnos y sorprendernos con la novedad imprevista de sus combinaciones y conmovernos con el contraste de los temperamentos. La obra tiene, en primer lugar, algo de acertijo, que está destinado a azuzar las facultades adivinatorias del público, sin

lo cual el interés se diría que flaquea, y, además, una fuerte y muy ostensible rivalidad de dos caracteres. Cada personaje tiene la misión de ser el portavoz de una determinada cualidad moral o de un vicio que en la química de las almas equivale a un explosivo, cuya deflagra-

la sencillez, la ingenuidad, la buena fe. ¿Cómo va él a dudar de un camarada del colegio, con quien fraterniza a todas horas? Sin embargo, el asedio amoroso de Sánchez perdería toda eficacia si no contase con el concurso que le aporta la envidia humana, personificada en esta oca-

racterizarse más gráficamente, una mirada altiva, unos bigotes aferruzados y una sonrisa irónica. Todo lo anterior, es decir, la duda de Pérez, se produce en el segundo acto de la obra, que concluye con un largo monólogo del cuitado esposo acerca de las contingencias de la amistad y de las veleidades de la mujer. Al levantarse el telón en el acto tercero, las dudas de Pérez se han disipado. Una mano alevosa le ha escrito una carta anónima comunicándole pelos y señales sobre su infortunio conyugal, y, por si eso fuese poco, nuestro hombre ha adquirido la plena certidumbre de su engaño mediante la confesión de una criada, la cual, al verse despedida bruscamente, llega, de reticencia en reticencia, a la delación de la infidelidad de la señora de Pérez. Es el momento culminante de la obra. ¿Qué va a hacer el marido burlado? ¿Va a castigar trágicamente al seductor y a la infiel? ¿Va a caer del lado de la indulgencia filosófica? Entre el método calderoniano, que exige sangre, y la doctrina de Tolstoi, que preconiza el perdón, ¿por cuál de las dos actitudes optará? Si mata, el público y la crítica aplauden con más o menos reservas, porque aquel hombre ha limpiado su honor sin apartarse de la tradición dramática española. Si se encoge de hombros y desdén a los culpables, el público se desconcierta y la crítica le censura imputándole influencias exóticas, que pudo y debió rechazar.

En el curso de la obra, el dramaturgo cuida de poner de resalto las figuras centrales: el marido, la mujer y, en lugar menos visible de la acción, el amante. Todos los demás personajes son muñecos mecánicos, sin otras apariencias de realidad que las meramente externas. Toda la atención del dramaturgo ha sido absorbida por Pérez y su esposa, personajes tan convencionales como los demás, pero que se esfuerzan por ajustar sus movimientos y sus actos a una lógica vital y a una psicología humana.

Ese teatro suele denominarse comúnmente género pasional, y en él lo patético apenas tiene intervención. El dramaturgo prefiere obtener sus efectos de contraste mediante el sarcasmo por oposición a la hipocresía y la violencia frente a la duplicidad moral de tales o cuales personajes. Echegaray conocía y dominaba como nadie el mecanismo de ese teatro. En Francia es Henry Bernstein quien debe a esa artificiosa técnica dramática sus más ruidosos éxitos. A menudo el autor, prendado de un pensamiento que le parece original y trascendente, arma todo un tinglado para exponerlo y hacerlo triunfar. En ese caso, los personajes se limitan a distribuirse parcelas del pensamiento, que

RINCONES DEL MADRID VIEJO



LA CALLE DE PUÑONROSTRO, DIBUJO A PLUMA, ORIGINAL DE A. SÁNCHEZ FELIPE

ción no se produce nunca, según los cálculos del autor, sin graves consecuencias. Sánchez, que es un verdadero miserable, codicia a la mujer de Pérez, una coqueta sin perfidia, expuesta, por su falta de experiencia de la vida, a sucumbir a las artes de seducción de su pretendiente. El donjuanismo de Sánchez no carece de una cierta armadura moral: es astuto, frío e inteligente. ¿Y qué representa Pérez dentro del plan psicológico del dramaturgo? Pues representa

sión por Rosita, la amiga de la infancia de la señora de Pérez, cuya belleza y buen gusto en el aderezo de su persona la tienen fuera de quicio.

Rosita organiza una partida de campo, a la que invita a sus amigos, y en aquellas circunstancias concierta las cosas con tan malvada habilidad, que Pérez, no obstante su buena fe consuetudinaria, entra en sospechas sobre la lealtad de su amigo Sánchez. Este personaje suele tener a menudo, para ca-

al totalizarse luego en la acción teatral se transforma en una tesis.

Nemos entrado, con el dramaturgo, en la jurisdicción filosófica de un escritor que aspira a la reforma de las costumbres o de los hábitos mentales de una sociedad. Si ese escritor es un genio, se llama Alejandro Dumas (hijo), Enrique Risco o Francisco Cúrel. Si es un mente-

cato con pretensiones de pensador, degenera en ese peligro de la paz social que denominamos «diateron». ¿Voy a describir ahora el teatro de tesis? Aunque lo considero ocioso, no quiero, sin embargo, omitir algunas consideraciones sobre su estructura, su vitalidad y su trascendencia moral.

Manuel BUENO

EL LETRERO

El lobo.

PUES, señor... había cierta vez un pastorcillo...

—¿Es de susto, papá?

—No.

—¿Y de risa?

—Tampoco.

—Entonces...

—Tú atiende y ya verás. Había una vez un pastorcillo guardando ovejas, cuando, de pronto, llega el lobo...

—¿Era de noche?

—Sí. Llega el lobo y comienza a aullar ¡Au! ¡Au!

—¿No decías que no era de susto?

—Y no lo es. ¿O te asustas tú de los lobos?

—Bueno, sigue.

—El pastorcillo coge su escopeta y se esconde entre unos matorrales. Entonces, las ovejas, viéndose sin pastor, dan a correr. Unas, monte arriba; otras, la cuesta abajo, hacia el río. En dos minutos se descarriaron todas. Salta el lobo contra el zagal, luchan, caen al suelo... Y como el pastorcillo estaba indefenso...

—¿Y la escopeta?

—¿Qué escopeta?

—Tú has dicho que llevaba una escopeta.

—Sí; pero se le cayó en la lucha.

—¡Mecachis! ¿Y lo mató el lobo?

—Lo hirió. Pero como era tan valiente, no hizo caso de las heridas; se ató un pañuelo y se lanzó a buscar sus ovejas. A la entrada del monte, un leñador le dijo que habían pasado por allí unos cortijeros con ganado. El pastorcillo apretó el paso, los alcanzó y recobró inmediatamente sus ovejas. Bueno, recobró parte; doce.

—¿Cuántas tenía?

—Veinte.

—Entonces le faltaban ocho.

—Muy bien, nené. Toma un bombón por haber sacado la cuenta. En busca de las ocho ovejas que le faltaban, fué el pastorcillo, anda que te andarás, cuando sintió la bocina de un «auto». Hay que advertir que en aquel pueblo todos eran pobres y no había «autos», ni gente que los pudiese costear. El pastorcillo, todo era preguntarse:

—¿Quién vendrá en ese «auto»? ¿A qué vendrá?

El rabadán.

—El rabadán era más malo que un dolor...

—¿Qué es rabadán?

—El encargado, el administrador, el que manda en los zagales.

—¿Mandaba en el pastor?

—Claro. Pues con el mal genio que tenía, llega el rabadán al hato. «¿Dónde está ese granuja, que me ha perdido mis ovejas? ¿Dónde está, que lo voy a desollar vivo?» Entonces le dijeron que había encontrado doce de las veinte ovejas y que iba en busca de las que faltaban, para traerlas todas.

—Aquí trajimos doce. El traerá las ocho que faltan.

—Las traerá... la Guardia civil. Ahora mismo doy parte.

—¿Qué tío más malo el rabadán, papaito!

—Comenzó a amenazar con que si haría, si aconteciera... Se quejaba de ingratitude. «Ea. Este es el cochino mundo. Coja usted a un apedreaperros, dele de comer, vístalo, métalo en un oficio. ¿Para qué? Para acabar robándole a usted mismo. ¿Qué hubiera sido de él si no es por mí, que lo cogí abandonado, sin padre ni madre, tiritando a la puerta de mi molino?»

—¿Y era verdad que lo recogió?

—Para explotarlo, como a los demás zagalillos. ¿No te digo que era más malo que un dolor? ¿Sabes lo que les daba? Pan y queso. ¿Y sabes lo que trabajaban los pobres? Salían al amanecer con las ovejas y hasta la noche no volvían. En invierno, con nieve, por aquellas sierritas... En verano, asfixiados por el calor insoportable, sudando el quilo. Dormían en el suelo. Y encima los trataba mal.

—¿Por qué no formaban un sindicato?

—Porque los pobres no sabían de eso. ¡Con once y doce años! ¡Sin padre ni madre! ¡Sin saber leer ni escribir!

—Bueno, sigue. ¿Dio parte el rabadán?

—Iba a dar parte, cuando se presentó en el hato un hombre que traía una carta. La leyó el rabadán y se puso más blanco que el papel.

—¿Qué era?

—Ya lo verás. Habló a los zagalillos, ordenándoles que de allí no se movieran, y salió con el mandadero.

El amo.

—Llegaba el «auto» a las primeras casas del pueblo, cuando los que en él iban llamaron a unos chicos para que los guiasen a la casa del rabadán. Los chicos, locos de contento, avizorando la propina, guiaron. Pero el rabadán había ido al hato y le enviaron una carta. Mientras, contaron a los forasteros lo

del pastorcillo y el lobo, dejando entrever bien a las claras el mal trato que el rabadán daba a los zagales.

—Pero ¿es tan malo el rabadán?—dijo uno de los señores del «auto».

—¡Anda! Más malo que la quina. Ellos trabajan y están flacos. El, sin trabajar, está gordo, contento y rico. Diga usted que aquí, en este mundo no hay justicia. Que si la hubiese...

En esto se presenta el rabadán. Llegó temblando, viendo a los señores. El dueño de las tierras y ganados le preguntó por el pastor.

—¿Sabe Dios dónde estará esa ¡haja!

—Pues vamos a buscarlo, porque me urge hablar con él.

Aquí de los apuros del rabadán. Envié propios para que buscasen al pastor. Al fin lo encontraron y trajeron más que a escape. El pobrecillo relató sus fatigas al ir en busca de las ovejas. Entonces el señor de las tierras y ganados dijo:

—¿No tienes a nadie en el mundo?

—A nadie. A mis ovejas nada más. Me las quitan, y me han quitado mi familia.

—Pues descuida que nadie te las quitará. Desde hoy son tuyas las ovejas. Tuyas, tuyas. ¿Tú las cuidas y tú las quieres? Pues tuyas son. Has probado que ni la sed, ni el hambre, ni las fatigas, ni los lobos te quitaron de ellas, y las mereces más que nadie.

El pastorcillo, parpadeando mucho, como quien no comprende bien una cosa, exclamó ingenuamente:

—Entonces, qué decirse que sigo guardando mis ovejas.

Y uno de los muchachos, zarandeándole, interrumpió:

—Pero, cacho animal, si es que el señor te las regala...

El letrero.

Ya tenemos al pastorcillo dueño de sus ovejas, tan contento, que reventaba de satisfacción. Llorando y riendo da las gracias al amo, y echa a andar, tras de su rebaño, al monte.

Un tropel de muchachos le seguía por el camino, conversando animadamente.

—¿Sabes tú lo que hacía yo en tu pellejo?

—¿El qué?—le respondía el pastor.

—Pues lo primerito, lo primerito, mercar una yegua.

—Una yegua vale cien duros. ¿Mia éste!

—Bueno, ¿y qué? Vendes las ovejas que hagan falta.

—¿Vender yo mis «churras»? Aunque me maten, no las vendo. No quiero yegua. Voy mejor andando.

SONETO A MARÍA

— De Ronsard —

Como vemos, en mayo, que el rosal en la rama
nos brinda la fragante primicia de su flor,
que da envidia a los cielos con su vivo color
cuando en ella la aurora sus lágrimas derrama,

y jardines y selyas con su aroma embalsama
—donde alientan las gracias y suspira el amor—
hasta que de los cierzos o de agosto el rigor
uno a uno sus pétalos amustia y desparrama,

así tu juventud, así tu gentileza,
cuando cielos y tierra cantaban tu belleza,
arrebató la Parca y ya inerte reposas...

Yo te ofrendo en exequias mi llanto, mis loores,
un cántaro de leche y un búcaro de flores
para que, en vida y muerte, tu cuerpo sea de rosas...

Enrique RUIZ DE LA SERNA
tradujo.

Otro le decía que comprase una huerfa. Otro, que un molino. Otro, que un majuelo en los navazos. El replicaba a todos que seguiría de pastor. Y en estas y como estas, llegaron al hato.

Allí, rodeado de zagales, echó sus cuentas. Dispuso concertar dos muchachos que le ayudasen.

—¿Cuánto nos das?

—¿Cuánto queréis?

Sobrevino por el ajuste la primera cuestión. El quería ajustarlos, según costumbre, a pan y queso. Ellos le replicaban que aquel ajuste era de rabadán y no de amigo. Pedían dos comidas «secas».

—¿Qué son comidas «secas», papaito?

—Sin vino, nené. Se las dió. Y no sólo se las dió, sino que, además, convino en que las ovejas serían de todos.

—Mirad — dijo —, Ya que habéis sido conmigo como hermanos ayudándome contra el rabadán, quiero que seamos como hermanos en el disfrute de las ovejas. Todos trabajaremos para ellas y todos viviremos de ellas. ¿Queréis?

¡Figúrate! Bailaron de gusto. Abrazaron al pastorcillo. Le dieron vivas. Hubo fiesta en el hato. Duró el holgorio hasta la noche.

Rayaba el día cuando nuestro héroe despertó. Su primer pensamiento fué para sus «churras». Salió del chozo a verlas con la alegría de un padre a sus hijos.

—¡Jimbo! ¡Jimbo! ¡Peñera! ¡Verdolaga! ¿Estáis contentas? Ya no hay rabadán. Ya no hay monte. Ya no hay más que alamedas, egidos, pastizales... ¡Sus llegó el día, hijas de mi alma!

—¿Les decía hijas de mi alma? ¡No!

—Sí, hombre, sí. ¿No ves que no tenía familia? Siguió hablando con ellas, como si hablase con personas.

—Ya no manda nadie en vosotras. Ya no tenéis más amo que yo.

En esto se acordó del pacto. Las ovejas no eran de él solo. Eran de todos los zagales. Le pesó mucho; pero había dado su palabra...

—¡Mecachis!

Llamó a sus compañeros, metiendo prisa, porque ya había salido el sol.

—Arreando, haraganes. Vamos con las ovejas al soto.

—¿Al soto las ovejas? ¡Quia!—dijo uno.

—Adonde las llevaremos es al egido de San Marcos—afirmó el otro, muy resuelto.

—He dicho que al soto, y al soto—rugió el pastor, enarbolando fieramente el garrote—. Las ovejas son mías. Me las ha regalado el amo. Son mías.

—No son tuyas. Son de los tres. Nos las has regalado tú. Ahora, si te vuelves atrás, como las mujeres... ¿Tienes palabra o no la tienes?

—¿Pero dió palabra de honor, papaito?

—Sí, hijo, sí. Palabra de honor...

—Entonces...

—Ahí está. Que no tuvo más remedio. Y como él era solo y los otros estaban de acuerdo, las ovejas no fueron al soto aquel día ni ningún día. Poco a poco fueron los otros acostumbrándose a mandar, y él acostumbrándose a obedecer, hasta que se convirtió en un criado. Le trataban peor que el rabadán. No te digo más. Sus «churras» eran de todos, menos de él.

—Pero, papaito, los otros también habían dado su palabra.

—Sí, nené. También habían dado su palabra. Pero, como eran unos bellacos, no la cumplieron. Y el pobre, por cumplir su palabra, se quedó sin tranquilidad y sin ovejas.

—No se debía dar palabra, ¿verdad?

—Lo que no se debía nunca, hijo mío, es tratar como amigos a los canallas.

—¿Sabes qué se me ocurre? Que los canallas debían llevar un letrero...

Cristóbal de CASTRO

MONASTERIOS PORTUGUESES. ALCOBAÇA, SEPULCRO DE DOÑA INÉS DE CASTRO.

ALCOBAÇA, con su gran Monasterio bernardino, reliquia de la nacionalidad lusitana, símbolo del triunfo de Alfonso Henríquez sobre los moros, es, por encima de todas las cosas, de los recuerdos históricos y las bellezas de arte, el sepulcro de doña Inés de Castro.

Camino de Alcobaca, por los valles ubérrimos que bordean la carretera de Vallado, por los opulentos pinares que se extienden hasta la sorprendente playa de Nazareth, por las pintorescas colinas dominadas de caseríos múltiples, se percibe el aroma de la leyenda. La poesía que rodeó la vida de aquella extraña reina, flota en torno a su tumba como una atmósfera de luz, llenando el aire de perfume sutil e impresionante.

Allí es donde florecen, transformadas en encaje de piedra, las estrofas que cantaron su martirio y el milagro de su coronación.

Pedro I, a quien se apellida el Cruel, no sólo por la energía desplegada al combatir a la nobleza, sino por la ferocidad puesta en la rebeldía contra su propio padre Alfonso IV, instigador del asesinato de la reina, y a quien la Historia no hubiera perdonado la traición a su primera esposa, la gentil doña Constanza, sin ese rasgo de sublime amor que ennoblecía a última hora su conciencia, convirtiéndole en modelo de príncipes humildes, diligentes y bondadosos, la hizo coronar, después de muerta, con extrema pompa y extraordinario boato.

No hay página histórica autorizada que lo acredite así; pero la tradición, urdimbre de leyendas, anécdotas y fábulas románticas, muchas veces más fuerte que la Historia misma, ha consagrado ese bello episodio en las sentidas trovas de Ferreira y García Resende y, más tarde, en las de nuestros padre Bermúdez y Vélez de Guevara, para hacer de la figura singular de esta peregrina hermosura una de las musas privilegiadas de la Literatura universal.

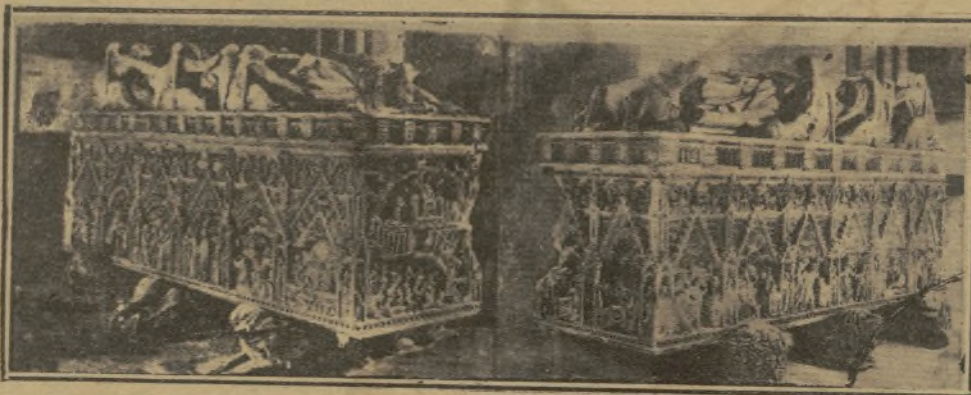
Y es ahora la leyenda, enriquecida con el oro purísimo del tiempo como con ese tono ámbar que el sol va dejando en las piedras de los monumentos artísticos, la que ha cubierto de laureles el sepulcro de doña Inés de Castro.

En la severa grandiosidad del Monasterio de Alcobaca se perdería la afiligranada tumba de la reina, pese a su profunda y ostentosa decoración gótica, si por encima de ella no flotara aquel elevado sentimiento poético.

Alcobaca es un pueblo silencioso de añilado perfil conventual, con esta gris melancolía en que se funden la tristeza y la blancura de los cementerios, las abadías y los hospitales. Cobijado a los pies del convento de San Bernardo, parece más recogido y dócil. La basílica se alza en el centro, abriéndose en dos grandes alas de sobria arquitectura, edificaciones donde estuvieron las antiguas celdas y la excelente Biblioteca, hoy albergue de soldados y presos. La portada del templo recordaría la factura romántica por la abundancia de macizos y la escasez de vanos, si el arco apuntado del pórtico, los calados del transparente y el adorno de algunos pináculos no denunciaran ya las influencias góticas. En conjunto, esta fachada hace un poco pesada y confusa, a pesar de las torres laterales, cuya modestia no rebasa la altura de la hornacina que corona el frontal.



FACHADA DEL CONVENTO DE ALCOBAÇA



SEPULCROS DE DOÑA INÉS DE CASTRO Y DON PEDRO I



VISTA PARCIAL DE ALCOBAÇA

En cambio, el interior de la iglesia es espacioso, de altas bóvedas, tipo nervado de crucería, columnas cuadradas, desprovistas de decoración suntuaria, plano en cruz latina, de brazos cortos, y anchos lienzos de pared, rasgados por breves ventanales.

El mayor interés artístico, para nosotros, lo ofrece una escultura corpórea, de treinta y tantas figuras de tamaño natural, magnífica talla policromada, que representa el entierro de San Bernardo, fundador de la Orden y primer prior del Monasterio.

Después de esto, la sacristía, de aventajadas proporciones también, con un artesonado vistoso y una elegante puerta manuelina; el Relicario, constituido por varios nichos con bustos de santos, entre los cuales hay algunos verdaderamente notables, como la cabeza de San Juan y un San Pedro, estupendos fragmentos de escultura realista. Las reliquias que estas imágenes guardaban en los medallones del pecho, guarnecidos de piedras preciosas, desaparecieron, según nos informan, en la invasión francesa. El claustro de Don Dionis, infiltrado de la sugestión mudéjar, con una fuente primorosa en uno de sus ángulos, estilo Renacimiento italiano, de gran poder decorativo, y una galería alta de los tiempos de Don Manuel I. La sala del Capítulo y la llamada de los Reyes, donde figuran los retratos escultóricos de todos los monarcas de Portugal, hasta el maestro de Avis, presididos por un admirable grupo policromado representando la coronación de Alfonso Enríquez. Como joyas de valor artístico e histórico, respectivamente, de esta sala, debemos citar los zócalos de azulejos portugueses y la «caldeira de Aljubarrota», conquistada a las tropas castellanas en la famosa batalla de este nombre.

Frente a la sacristía, en la misma iglesia, está el panteón de Don Pedro el Cruel y doña Inés de Castro.

La sencillez y pobreza de la capilla contrastan con el derroche de lujo, minuciosidad, simbolismo y acabada perfección de los túmulos, donde formidables artistas del período gótico florido parecen haber desbordado su buen gusto, su fantasía y su paciencia. En ese orden no cabe nada tan variado, tan sin defecto, tan proporcionado.

Las mejores vidrieras emplomadas de «A Batalha», los miniaturados códices de El Escorial, los más delicados trabajos de orfebrería florentina, los más finos encajes flamencos, los más curiosos mosaicos romanos, las más selectas lacas japonesas, no nos dan una idea de la labor de filigrana con que están ejecutadas las diversas composiciones alegóricas de estos sepulcros.

Se adivina a un ejército de minúsculos artistas, discípulos de un pacientísimo Benvenuto Cellini, bordando en la piedra, con porfiada obstinación, aquellos motivos religiosos, tan llenos de ingenuidad expresiva como rebosantes de maestría técnica.

Dignos son realmente de guardar un tesoro tan preciado como es el Amor que elevó al cielo de la Poesía las almas purificadas de D. Pedro y doña Inés de Castro.

Para estos dos sepulcros, pequeños, comparados con la amplitud del Monasterio de Alcobaca, parece el grande Monasterio de Alcobaca excesivamente diminuto.

GIL FILLOL

DON EFEMERIDO



Niños curiosos, siempre enamorados de los insectos: Hay, cerca de las aguas corrientes o estancadas, ciertos insectos admirables, de la numerosa familia de los efeméridos, cuya vida dura solamente unas horas o un día.

Son de pequeña talla, cuerpo delgado y delicado, antenas breves y aleznadas, los ojos muy grandes, las alas dobles, de membrana transparente, irisada y brillante. Linda casta, verdadero y maravilloso primor de la Naturaleza.

Desde los riachuelos y desde las galeñas que excavan en la arcilla húmeda, vuelan, con vuelo irregular, generalmente en grandes bandadas, a la salida y puesta del sol; mántiense la mayor parte del día, es decir, de su vida, posados sobre cañizos, sobre las flores, muchas de las cuales son también llamadas efiméras, porque se abren a la mañana y se cierran o se marchitan definitivamente a la misma tarde.

Tales animalitos pseudoneurópteros, a los que los hombres han dado nombre tan largo, viven una existencia media de veinticuatro horas. En ese día único, ellos nacen; pasan una alegre adolescencia, una juventud frenética y ágil, una madurez grave, una vejez mareada y, en fin, mueren hartos de vida; porque ese día para ellos, es como para nosotros sesenta años, que son cortos y son muy duraderos, según se miren.

No penséis que ellos se dan cuenta de su regateada suerte y que penan por ella. Creen que viven mucho. En un rayo de sol, se pasan como en un palacio de oro; empujadas y rígidas las alas relucientes, ellos navegan por la superficie del agua con la tranquilidad de los seres felices, que no tienen prisa... Entre los coloreados cálizos de las flores, sobre las hojas de venillas diáfanas, enredados en las hebras sutiles de los huevos de seda, gozan una bella vida de colores, de zumbidos, de aromas y de regocijo febril.

Un día, nació un efemérito extraordinario, un efemérito que, con un talento portentoso, había de dar honra y lustre a su especie. Don Efemérito, el protagonista de este cuento efímero, fué dotado de un alma en verdad poco común a las *menudas moscas de un día*.

Nació con el sol, por significativo antojo del Destino; y entre lirios y juncos, vió deslizarse una dichosa infancia de tres horas. Era ligero y libre, podía dedicarse a todos los juegos y diversiones que se le antojasen, volar, dar volteretas, patinar, bogar, faltar a la escuela y hacer correrías a cierta laguna, lejos de la vigilancia materna.

Pero Efemérito no era desaplicado, sino juicioso y de buena crianza, y siempre estaba estudiando y entregado a provechosas cavilaciones.

Cuando ya el sol, bien despabilado y levantado, iluminaba todo el valle, y cantaban alondras, y las flores habíanse sacudido el rocío, y sonaban las esquilas de los rebaños, y era, en fin, avanzada la mañana, Efemérito, completamente desarrollado, revelaba al mundo su alma grande, su insuperable inteligencia: con pasmo universal, era un ingenio dotado y doctísimo.

Huba que verle, joven y hermoso, con sus alas hialinas, manchadas de pardo; con los tres anillos de su barriguita elegante, pardo-rojiza, terminada en tres cerdas largas e inquietas, y con las cuatro alas pardo-oscureas con que se enlataba... ¡Qué agilidad nerviosa y, al mis-

mo tiempo, qué gravedad inteligente! La cabeza le rebosaba, llena de ideas audaces, de gigantes cas intenciones. Mil proyectos eran al punto sugeridos y pronto desechados, para dar plaza a mil otros proyectos más altos.

A una efimera vieja, que contaba la extraordinaria longevidad de cincuenta horas, le había parcelado la huerta y encauzado los riegos. Trazó un estadio magnífico para las larvas. Ideó para las moscas un poblado aéreo. Ya labraba una mina; ya desviaba, con sus trabajadores, el curso de un hilillo de río, para defender unas aristas entre las cuales habitaban dos efiméras, viudas y apacibles...

Y, en tanto, el sol se derramaba pródigamente, cerca de las doce.

Corría el tiempo; mas para el efemé-

El era el genio, y desdeñaba a los tardos hombres, como desdeñan éstos al caracol, a la tortuga. Después de todo, para nuestro sino común, el ir ligeros no nos lleva antes; el ir despaciosos, no nos demora, y no se rigen las cosas por el tiempo, que es nuestra cuenta, sino por la perpetuidad, que es la cuenta de Dios.

Los efeméridos miden con divisiones infinitesimales, y así viven tanto como nosotros; y así Efemérito se ufanaba de tener espacio sobrado para sus empresas.

—Mira, no te engrías—decíale un efemérito viejo—; mira que la vida es un soplo, que no tendrás tiempo para nada.

Efemérito contestaba, altanero:

—Si no hay tiempo, ya lo inventaré. Tengo planes grandiosos. Haré para mis amigos los mosquitos una rada, una bahía, si quieren; para una ilustre avispa que me la ha encargado, una balsa con todos los adelantos modernos; y cien cosas más. Yo revolucionaré la ingeniería.



do genial no había doce, ni doce y media, ni una menos cuarto.

El tenía proyectos y proyectos, y, vanidosamente, pensaba ejecutarlos todos. ¡El sería el ingeniero más grande y aventajado del mundo! Construiría pontones increíbles, muelles espaciosos, torres atrevidísimas, caminos, canales y puentes.

Para él no había horas, ni mañana, ni mediodía, ni tarde. A lo más, él dividía el tiempo en un dos por tres, en un santiamén, en un decir Jesús, en un menos que se piensa, en un corre que te alcanza...

Seré capaz de... trasiadar el eje de la Tierra, y hasta de hacer que el mundo gire como un trompo, al capricho de una nueva Dinámica...

Don Efemérito tomó, en un segundo, fama de loco, igual que los sabios.

Y, mientras tanto, el sol mediaba en su carrera imparable, brillaba en el cenit, sobre la mollera de don Efemérito...

La obra colosal de éste, la obra de su vida, era un puente grandioso, que, a sus órdenes, construían millares de efeméridos, desde la corola de una madre-selva hasta la cabeza de un hongo solita-

rio... ¡Qué asombro de obra!... Los efeméridos, en un instante, en menos que se dice, habían desbaratado una red de araña y tendían los hilos de extremo a extremo, entre un rumoreo imponente y, a la verdad, hermoso. Bullía el enjambre al sol, relucían sus pancitas, deslumbaban sus alas, enredábanse sus antenas vibrátiles...

¡Magnífica obra, idea monumental, terdecima maravilla del mundo, que perduraría por las edades!

Morían los obreros a millares, y nuevos millares los substituían activamente. ¡Zis, trís, ris, ras...! ¡Qué bulla, qué confusión! ¡Tris, tris, tras...!

Piaba la golondrina de la tarde; ya la luz se debilitaba, por grados, y la efimera experimentada seguía su eterna cantinela:

—No tendrás tiempo para nada... La vida es un día...; te lo dice un pobre efemérito, que vive atento al cambio de la sombra del cardo donde habita...

Pero don Efemérito se reía de todas las amonestaciones.

—Párate, sol—gritaba, encarándose, altivo, con el astro; y seguía dando órdenes, dando prisa.

—¡Vamos, pronto: esos mil quinientos, que se corran a la derecha, que no veo...! ¡Ese andamio está mal! ¡Tiempo perdido!... ¡Aquella tiranta, por aquí!... ¡Hay que destruir aquel embarcadero de los cinifes, que me estorba!... ¡Pero en seguida, en seguida! ¡El tiempo es oro!...

Miraba el sol, que declinaba implacablemente; pero, ¡bah!, todo se realizaría, todo. ¡El era grande!

—¡Eh, usted! ¡De un salto, en un dos por tres y medio, atornille aquel vástago, que se cae! ¡Pero, vivo; en menos que canta un gallo!

Y miraba otra vez el sol... Verdaderamente, aquella obra era colosal, abrumadora... ¿Quién tendría vida bastante para ejecutarla? ¿No bastarían diez vidas, ni veinte!...

—¿A que no terminas ese imposible?... seguía el importuno predicador—; ¿a que te lo terminará la muerte?...

Pero Efemérito replicaba, lleno de soberbia:

—El tiempo, que para ti es una sombra, no asusta al talento.

Y el puente... no se terminaba, entre las protestas de los que se consumían erigiéndolo.

—Está loco...—empezó a murmurar la turba—. ¡Muera el iluso!...

Era la ingratitud humana de los efeméridos.

—¡Párate, sol!—clamaba el sabio desesperadamente.

Y vino la proximidad de la terrible noche, y la obra no se coronaba, y don Efemérito, yacente sobre una hoja seca, rendido al fin, viejo y sin fuerzas, comenzó a ver cómo moría el sol y cómo él también se moría...

—¡Sol, párate!...—murmuraba, agónico.

Moría el genio. ¡Qué lástima, cuando quedaba sólo la mitad, la mitad apenas, de aquella edificación, que ya no habría de maravillar a los tiempos!...

Se puso el sol; don Efemérito cumplió su destino, y la brisa nocturna juguetaba, cruel, con las hilachas inútiles del perdido puente...

Niños, aturdidos e inquietos niños: la vida es un día.

José BRUNO

IMNO A CASTILLA

¡Tierra luminosa de los campos de oro!
 ¡Cimbra que sostiene los arcos triunfales
 por donde pasaran, en tropel sonoro,
 los predestinados y los inmortales!
 ¡Herencia sagrada de los estatuarios
 atletas que fueron nuestros genitores!
 ¡Código de aquellos días legendarios,
 tan esplendurosos y consoladores!
 ¡Materna custodia del honor ibero!
 ¡Jugo de la raza española! ¡Semilla
 de fértiles mundos! ¡Copioso venero
 de cálida sangre, que corre a torrentes
 por las rojas venas de la hispana arcilla!
 ¡Páramo claustrero
 donde, reverentes,
 doblan su rodilla
 los anacoretas y los penitentes!
 ¡Solar de las gestas y del Romancero!
 ¡Madre Castilla!

Tienen tus arrugas los pliegues sinuosos
 de las barbecheras en las paramías;
 surcos que en tu frente se abrieron gloriosos
 bajo el sol que tuesta tus carnes baldías;
 profundas estrías,
 que van horadando la recia pilastra
 en que fué tallado tu cuerpo bendito;
 jirones de vida que el dolor arrastra
 por tu humilde huerto, pelado y marchito;
 venerandas plicas de un noble legajo,
 donde sus poemas de luz han escrito
 la Ciencia y el Arte, la Fe y el Trabajo.
 Déjame que ponga mis labios en ellas;
 deja que las bese con amante anhelo,
 porque tus arrugas son como las huellas
 con que se desangran tus pies en el suelo.
 ¡Insignes arrugas de tu campesino
 rostro, calcinado por los resplandores
 del sol de la estepa, yo allí os adivino;
 rúbricas gloriosas que, en días mejores,
 hubieran trazado sobre un pergamino
 los santos, los reyes y los trovadores!

Tus pupilas tienen la tristeza vaga
 que en los silenciosos campos se dibuja
 cuando el beso de oro de la luz se apaga
 sobre el cáliz negro de la noche bruja;
 congoja doliente de adelfa marchita,
 que se dobla exangüe sobre el tallo roto;
 callado tormento de la margarita
 que fué sol y luna de un país remoto;
 súplica anhelante de las rojas mieses,
 que lentas maduran y granan veloces,
 temblando sus áureas pepitas campestres
 al verdugo filo de las curvas hoces...

¡Pupilas que vieron risueñas auroras
 en las lontananzas
 donde palpitaban, acariciadoras,
 las alas divinas de las esperanzas!
 ¡Vivientes pupilas, que abiertas al blando
 sueño taumaturgo de la profecía,
 vidriosas y tristes se van hoy cerrando
 sobre lo ignorado de la lejanía...!
 ¡Mírame a tus plantas póstrado de hinojos
 con las violetas de mi pobre canto!
 ¡Deja, madre mía, que bese tus ojos
 y beba el amargo raudal de tu llanto!
 ¡Déjame que bese tus nobles pupilas
 misericordiosas y aterciopeladas,
 hasta que se tornen firmes y tranquilas
 tus bellas, tus suaves, tus dulces miradas;
 miradas de madre cerca de sus hijos,
 que se transparentan cuando se deslien,
 como las miradas de esos Crucifijos
 que nos enternecen porque nos sonríen...!

Tiembla en tus palabras el místico acento
 de las abadesas de tus abadías;
 dóciles palabras de renunciamento,

llenas de nostalgia y melancolías;
 palabras tan dulces como la dulzura
 de tus amorosos labios maternos,
 donde el negro cisne de la desventura
 canta junto al cisne de los madrigales;
 palabras solemnes de rezo y de llanto,
 suaves y piadosas, tristes y apagadas,
 que son, porque en ellas palpita algo santo,
 como las espinas de la flor de acanto,
 más adoloridas que desesperadas;
 palabras que inspiran la fe que perdimos
 y que manifiestan la fe que buscamos;
 divinas palabras que todos oímos
 cuando ante tus plantas nos arrodillamos...
 ¡Déjame que escuche tu voz, Madre buena!
 ¡Que ella sea el eco de mi oído mozo!
 ¡Que contigo mi alma se muera de pena
 o tiemble de gozo!
 ¡Que de tus palabras el místico acento
 mi pecho espolee como un acicate!
 ¡Que si tú eres monja, yo entre en tu convento,
 y si tú eres reina, me lance al combate!
 ¡Palabras maternas y consoladoras,
 sed siempre mi guía,
 y cuando a mí lleguen las últimas horas,
 rezad en mi oído, como las sonoras
 campanas de bronce de mi poesía!

Guardan tus cabellos los áureos ropajes
 de los encerados campos trigaleros,
 como el de las reinas, como el de los pajes;
 como el de sus damas y el de sus troveros;
 cabellos de Tíbar, que el sol envidiara,
 si no fuera ciego por su propio brillo;
 lucientes cabellos que cercan tu cara
 como ruelas de oro que ciñen su ovillo;
 cabellos de hoguera que arde en los rastros,
 de brasa que incendia la trébede pobre,
 de doblón antiguo de matices rojos,
 de céntimo nuevo de fulgente cobre...
 ¡Cabellos augustos! ¡Divina melena
 que sobre tu vida se ha desmelenado,
 como los mechones de la Magdalena
 sobre las rodillas del Crucificado!

¡Oh, Madre Castilla, la de los fecundos
 senos genitivos y las alumbrantes
 entrañas ubérrimas, la que en los profundos
 vasos de su vientre concibió dos mundos,
 diáfanos y duros como dos diamantes!
 ¡Madre de los recios y los valerosos,
 de los visionarios y los soñadores,
 de los caballeros más temibles que osos,
 más fuertes que tigres, más bravos que azores!
 ¡No sufras, no llores!
 ¡Levanta tus ojos al cielo y espera!
 ¡Dios hará el milagro
 de la Anunciación en tu barbechera,
 y arderán tus rojas espinas de cera
 sobre los divinos altares del agro!
 ¡No importa que vieja, y herida, y cansada
 te mires...! Tus hijos son rudos, son recios,
 y su mano fuerte, callosa y honrada,
 sabrá a todas horas cobrar la fonsada
 de las agresiones y de los desprecios.
 Sabrán tus arrugas borrar de tu frente,
 hacer animosa tu mirada triste,
 volver a tus labios el himno ferviente
 que fué el alarido con que nos pariste,
 y a tus pies hincando la noble rodilla
 y ardiendo en su pecho filial llamada,
 besarán tu mano, seca y amarilla,
 tus rubios cabellos, tu dulce mirada,
 y dirán cantando sobre la llanada
 que es tu hogar, tu trono, tu lecho y tu silla:
 ¡Salve, Castilla!

Marciano ZURITA

Ornamentación de Monsó.

El Monarca

El feminismo escandinavo

La nueva de la entrada de una mujer en el Senado belga será seguramente aprovechada por las sufragistas del mundo entero, más aún que como un aliado, como incontrastable argumento en favor de su causa. Y estando el feminismo, cada vez más, como se dice, «a la orden del día», no faltará entre nosotros mismos quien se apodere de la tal noticia para esgrimirla, cual arma de combate. ¡Hasta en Bélgica! se dirá. Y el ejemplo de ese país y la obligada comparación con el nuestro, vendrán a enardecer a las que aspiran, como suprema coronación del ideal de la mujer, a la obtención del voto.

Nosotros—quizás por nuestro hábito inveterado de buscar ejemplos fuera de lo excesivamente actual, de lo que corre siempre riesgo de resultar transitorio y de aquello cuyos resultados aparecen todavía en las tinieblas de lo incógnito—, nosotros, pues, gustamos de mirar siempre los acontecimientos presentes a través de los pasados, considerando siempre al pasado como padre del presente. Esta natural inclinación nuestra nos veda, desde luego, muchas ilusiones, pero nos impide creer en la generación espontánea y nos preserva por ahí de muchos desengaños.

Nunca nos cansaremos de repetir que la cuestión llamada feminista nos parece ser, sobre todo y ante todo, cuestión de preparación, entendiendo por feminismo, claro está, la aceptación corriente de la palabra; mejor dicho, su aceptación vulgar, la que encierra todas las posibilidades de colaboración de la mujer en conquistas de igualdad y ascenso social y económico. Pues bien; ya que tanto nos gusta aprovechar en nuestro favor los ejemplos de fuera, no nos contentemos con mirar sólo hacia resultados actuales, como el de la senadora belga; miremos un poquito hacia atrás, hacia lo que ha podido engendrar, naturalmente, semejantes resultados, y consideremos, por ejemplo, el proceso feminista en los países escandinavos, que han sido, y son aún hoy, los de más completa emancipación femenina.

Ni en Suecia ni en Noruega fué preciso el cataclismo de una guerra, es decir, la falta de hombres, para que las mujeres participasen en la vida social, y, sin embargo, ni Suecia ni Noruega han conocido la plaga, tan antifemenina, de las sufragistas. Y es que el feminismo, tan libremente desarrollado en estos países, encauzóse desde un principio en la única vía en que es natural y respetable: el derecho que toda criatura humana, hombre o mujer, tiene a ganarse la vida trabajando, y el derecho que todo ser que trabaja tiene a defender su trabajo y la ganancia que su trabajo le reporta. De este modo, en los países escandinavos fué donde el problema feminista se planteó desde un principio con mayor dignidad, y no, como algunos ingenuamente creen, porque allí no haya habido realmente problema feminista (el problema existió allí como en todas partes), sino porque fué planteado en sus comienzos por mujeres inteligentes y razonables y, sobre todo, muy feministas, muy mujeres, que sabían lo que querían y adónde iban.

Ningún problema, en ningún orden que sea, puede salir de la masa. La muchedumbre puede—y casi siempre así ocurre—inspirar las ideas; pero éstas, para vivir, para llegar a un fin práctico (y práctico puede ser lo mismo en un orden puramente espiritual, en una irradiación), necesitan ser concretadas, es decir, exaltadas y depuradas por algún espíritu superior. Las ideas de la Revolución Francesa agitábanse mucho antes

de la reunión en el Juego de Pelota; no obstante, la Revolución Francesa es principalmente obra de los enciclopedistas. Tampoco el feminismo escandinavo ha nacido de la noche a la mañana, y seguramente llevaba latente muchos años antes de brotar en movimientos característicos. Pero es, sin embargo, obra de la escritora sueca Federica Bremer y de la escritora noruega Camila Collett.

La obra de Federica Bremer, aunque paralela a la de Camila Collett, depende de ésta. Federica tuvo, al final de su vida, la alegría de ver sintetizadas sus teorías en las notables modificaciones operadas, gracias a ella, en la legislación sueca, en todos los artículos que conciernen particularmente a la individualidad de la mujer. ¡Y unos años después de Camila, empezó su obra la mujer que había de conquistar rápidamente uno de los primeros puestos en la literatura noruega! Una Magdalena Thoresen, «la Jorge Sand del Norte», Magdalena Thoresen, amiga de Bjornson y emparentada con Ibsen, desarrolló sus dotes en un ambiente eminentemente propicio, y por lo mismo alcanzó muy pronto, dentro y fuera de su patria, una fama y una influencia no logradas hasta muy tarde por Camila Collett, la innovadora, la que tuvo que luchar desesperadamente contra todas las corrientes de su medio y de su época. Pero ella fué verdaderamente la madre de todas las conquistas feministas escandinavas, y lo fué por lo mismo que no se preocupó nunca de conseguir estas conquistas, sino de despertar en sus conciudadanas el afán de merecerlas.

Cuando, ya anciana, veía desde las ventanas de su casita, situada junto al parque de Cristiania, pasar los grupos de muchachas que se dirigían hacia las diversas Facultades, esos grupos de estudiantes que han llegado a ser uno de los aspectos representativos de la vida escandinava, podía pensar con orgullo—sa certidumbre que veía desfilar las creaciones de su espíritu y de su voluntad. Y, sin embargo, no encontraréis en su copiosísima obra una sola línea que sea un alegato en pro de una reivindicación positiva. Sabía que las reivindicaciones obtienen justicia de por sí, automáticamente, cuando les llega la hora, y que la verdadera obra revolucionaria no es la que exige un derecho, sino la que prepara el advenimiento natural de ese derecho. ¿A qué pedir igualdad material?

El día en que la mujer tenga moralmente tantos derechos como el hombre, no necesitará exigir ningún derecho positivo; lo obtendrá por la misma fuerza del propio derecho.

En 1855, después de largos años de intenso cultivo espiritual, después de una sólida experiencia adquirida en el comercio intelectual con su hermano y su marido, dos de las principales figuras del despertar intelectual de Noruega, y en provechosos viajes a través de todos los grandes centros intelectuales de Europa, publica su primera novela: *Las hijas del Prefecto*, pintura agudamente realista de los ambientes de la clase media y de la condición de sus muchachas, ataque áspero y valiente contra el «matrimonio de conveniencia», en que son sacrificados los sentimientos y la dignidad de la mujer. La obra causó tremenda sensación. Publicada siete años antes que *La comedia del amor*, de Ibsen, era la primera denuncia contra un estado de cosas que había de inspirar al famoso dramaturgo sus más decisivas creaciones. El éxito de la escritora creció rapidísimamente. *Las hijas del Prefecto* fue-

ron el punto de partida de toda la ideología feminista escandinava, y cuando en 1873 Camila Collett publicó el tercer tomo de *Últimas hojas*—en el cual ataca duramente la hipocresía de las relaciones entre hombres y mujeres y la injusticia de una opinión que perdona las más graves faltas del donjuanismo y pierde sin remisión a la mujer que ha errado una sola vez—, la obra emocionó a todo el país y dió origen a un cambio completo de «estado de conciencia», cambio que encerró, naturalmente, los progresos positivos de la dignificación de la mujer.

El mayor mérito de Camila Collett, la causa de su influencia, fué el considerar a la mujer, ante todo, como mujer, y el pensar, para su evolución, en aspectos esencialmente femeninos. Al contrario de las sufragistas que hacen abstracción de cuantas obligaciones incumben propiamente a la mujer, ella las ha mirado frente a frente, aspirando a dignificarlas con el entusiasmo que acompaña al deber libremente aceptado.

«Todos los hombres se creen iguales a Pigmalión y se figuran que podrán animar la estatua el día en que no haya más remedio que apearse del pedestal.

«Pero el matrimonio no despierta el amor, sino que, por el contrario, es menester tener una gran reserva de amor para que pueda durar.

«Un hombre, aunque no sea un marido cariñoso, puede ser un buen marido. Puede cumplir su cometido con entu-

siasmo y conciencia, pues sus deberes tienen determinados límites.

«Pero una mujer, si quiere ser una buena esposa, habrá de ser también esposa cariñosa, pues su vocación no tiene límites como la del hombre. Se compone de una muchedumbre de detalles, múltiples e imprecisos, detalles sin nombre, invisibles cual el rocío, y cuya única significación reside en las disposiciones espirituales con las cuales se llevan a cabo. En esto, en el amor, reside lo infinito. Sin amor, esos detalles se convierten en esclavitud, en un deber vulgar que busca a cada momento sus límites.»

Estas líneas de la iniciadora del feminismo escandinavo (y casi podría decirse de todo el feminismo, puesto que los progresos feministas de los demás países tienen todos por base la igualdad social entre hombres y mujeres en los países escandinavos) dicen bastante que, para ella, la emancipación de la mujer es, ante todo, cuestión de preparación; de preparación moral que ennoblezca las cosas pequeñas inevitables e impida que lo transitorio e inmediato usurpe la atención que corresponde a lo perenne y esencial.

Es decir, que para la madre de todo el feminismo moderno la revolución femenina ha de operarse ante todo en las mismas mujeres. ¡Cuán lejos nos lleva esto de las reivindicaciones de voto a toda costa y *marimachización*!

Margarita NELKEN

El agente de anuncios

HACE ya muchos años, cuando el colmo de la locomoción urbana era el tranvía de mulas y los catarros se curaban con járbabe de altea, en todos los periódicos había un individuo dedicado a la busca y captura de anuncios.

Este individuo, que se denominaba «agente de anuncios», era, por lo general, un buen señor venido a menos e inútil para otros menesteres que le facilitasen los medios de ganarse la diaria pitanza.

Vestía muy mal y de prestado; era cortés, afable y exageradamente bien educado. Por la misérrima comisión que le abonaba la Administración del periódico en que prestaba sus servicios, recorría diariamente todos los establecimientos comerciales de Madrid, tarea en la que hipotecaba su paciencia y su mansedumbre de hombre que se allana a los mandatos del destino.

Se presentaba en una tienda, y con su sonrisa más amable, su palabra más dulce y siempre con el sombrero en la mano, interrogaba en esta forma al primer dependiente que veía:

—¿Está el principal?

—No, señor; está el segundo.

—Es el caso que yo deseaba hablar con el principal.

—Pues el principal está en el entresuelo, donde tiene el escritorio.

Momentos después se presentaba el principal, un señor grueso, de mirada inquisitiva, de ademanes bruscos y, al parecer, hombre de carácter áspero.

—¿Qué desea usted?—pregunta, hosco, al agente de anuncios.

—Buenos días. ¿Cómo está usted?

—¿Qué es lo que desea usted?—insiste el principal con tono agrio.

—Pues verá usted... Servidor es el agente de anuncios de *El Berrido del Pueblo*, el periódico más leído y más popular de cuantos se publican en Europa, y vengo a proponerle el anuncio de los maravillosos paños que usted ven-

de en su popular y acreditado establecimiento.

—¿Y para esa sandez me hace usted interrumpir el balance?

—Es que usted no sabe las ventajas que tiene el anunciar en *El Berrido*.

—Pero, ¿es que a usted se le figura que yo tengo mi dinero para tirarlo en anuncios?

—Nada de tirar, caballero. Todo lo más que haría usted sería sembrarlo, y ya sabe usted lo que dice el refrán: «el que siembra, coge».

—Además, y con esto hemos hablado bastante, y como dice otro refrán, «el buen paño en el arca se vende».

—Y también se apolilla.

Y así continuaba el agente de anuncios mañana, tarde y noche, recorriendo tiendas y fábricas y sufriendo en la mayoría de ellas toda clase de humillaciones y vejámenes.

Claro es que el paciente funcionario administrativo de *El Berrido del Pueblo* no solía irse de vacío al periódico, porque siempre hallaba algún comerciante propicio al anuncio, convencido de que el que no anuncia, no vende, aunque obsequie a su clientela con chocolate con churros y entradas gratuitas para ver a Egmond d'Bries.

Pero el tiempo no pasa en balde. La triunfadora avalancha del progreso, que no reconoce diques ni fronteras, hizo tabla rasa de todo lo arcaico y caduco, y una de sus víctimas fué el menguado agente de anuncios, que tan mísera existencia arrastraba.

Al agente de anuncios de los años pasados, sucedió el «redactor industrial», un señor que viste a la última moda, que fuma cigarros de las mejores marcas, que luce deslumbrantes preceas y que tiene automóvil y casa propia.

El redactor industrial figura en el cuerpo de redacción del periódico, usa «carpet» aunque este documento no sirve para nada, sobre todo cuando tiene que

servir para algo—y es el niño mimado del gerente y del administrador de la Empresa.

El redactor industrial visita a sus clientes en automóvil; no mendiga el anuncio, sino que lo exige, y no hay para qué decir que con tal procedimiento lo alcanza sin discusiones ni regateos.

Entra en un establecimiento, y dirigiéndose a un dependiente, le pregunta: —¿Y ese hombre?

—Ahí le tiene usted, en el escritorio.

—Pues dígame usted que salga, que aquí estoy yo.

—No; pase usted. A usted se le recibe siempre. Pero le advierto a usted que está como para que le pidan la pulga.

—¿Qué pasa?

—Que al hacer el balance del mes pasado ha notado la falta de tres céntimos y medio, y no hay manera de encontrarlos. Ha puesto como un trapo al intendente y ha fulminado cuatro capones sobre el auxiliar de caja, que es poeta y hace los asientos en redondillas ufltraístas.

—Bueno; pues yo le amansaré.

El redactor industrial penetra en el escritorio. El jefe, como se llama ahora al principal, está a medio cicero del crimen con motivo de la ausencia de los tres céntimos y medio.

Pero al entrar el redactor industrial cambia la decoración: el jefe suaviza el tono de su voz, desarruga el entrecejo y con la mayor cordialidad:

—¡Hola, don Burdungetero! ¡Tome usted asiento!

—Gracias—contesta el redactor industrial, ofreciéndole al mismo tiempo un águila imperial.

—¿Qué le trae a usted por aquí?

—Que pasado mañana quiero publicar en el colega la información industrial que le indiqué a usted el otro día, y vengo a que me firme usted el contrato.

—Ahora mismo. ¿Y cuánto me va a costar eso?

—Por ser para usted, regalado; es decir, tres mil pesetas.

—Un poco caro me parece.

—¿Caro, al precio que están los jornales y el papel?

El comerciante firma; el redactor industrial prende fuego a su águila, ocupa su automóvil y se va a almorzar al Hotel Ritz.

¡Y pensar que sumamos centenares de infelices los que nos hemos dedicado a la literatura, en vez de buscar anuncios, que es lo que más produce!

Manuel SORIANO

EDITORIAL MUNDO LATINO

Apartado 502.—Madrid.

Novedades de marzo.

	Pesetas.
JOSE FRANCES:	
Miedo (novela, segunda edición)... 5	
HERNANDEZ CATA:	
Una mala mujer (novela)... 5	
El placer de sufrir (segunda edición). 5	
EL CABALLERO AUDAZ:	
Con el pie en el corazón (novela). 5	
Lo que sé por mí (primera serie, cuarta edición)... 5	
FERNANDEZ PISERO:	
Memorias del legionario Ferragut. 3	
GUIDO DA VERONA:	
La mujer que inventó el amor (novela) 5	
MANUEL MACHADO:	
Ars moriendi (poesías)... 3,50	

Novelas de aventuras.

MAYNE REID:	
La cazadora salvaje 3	
Pídase el catálogo general.	
Venta: Librerías, estaciones y Yagües, Caballero de Gracia, 28.—Envíos a reembolso.	

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

ODEÓN

es y será siempre la marca de DISCOS que ofrezca mayores novedades.

Todos los grandes artistas colaboran en ella, y su repertorio reúne todos los géneros.

Ventas a plazos con precios de contado.



Envíos a provincias Aparatos con bocina o sin ella.

Pida usted catálogo y condiciones a ODEÓN - Preciados, 1 - MADRID

"Anís Balmaseda" MALAGÓN (Ciudad Real)

ESMALTE ORO "EL SOL"
para dorar cuadros, espejos y retablos.
La Casa más surtida en colores
FLORENTINO PEREZ (S. en C.)
Sucesores de Díaz Herrera
HORTALEZA, 17

TURBINAS
para cualquier salto y caudal.—Etablissements Benninger, Uzwil (Suiza). Pídanse presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.)
VALVERDE, 20.—MADRID


Zorros Silka desde 50 pesetas. Media-seda torzal irrompibles desde 6 pesetas. La casa que más barato vende estos artículos es
LA ESTRELLA
HORTALEZA, 82

CASA JIMENEZ
Primera en venta y alquiler de **MANTONES DE MANILA**, mantillas y trajes de frac y smoking.—**CALATRAVA, 9.**

Pedid Coñac Lion d'or

OBJETOS DE OCASION
Grandes surtidos en alhajas gramófonos, discos, objetos para regalos y **MANTONES DE MANILA**.
SAN BERNARDO, 1.

CARRERAS MILITARES
CURSOS ABREVIADOS. Clases especiales por ingenieros militares y capitanes de artillería e infantería. Solicite lista de profesores y de alumnos ingresados.—Fuencarral, 33; de cuatro a nueve.

MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS.—ALQUILER Y REPARACIONES
ALVAREZ HERMANOS
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

QUIOSCO
DE
EL IMPARCIAL
CALLE DE ALCALÁ
ESQUINA A BARQUILLO

LADRILLOS REFRACTARIOS
TUBERIA DE GRES
Fábrica: **PACIFICO, 12**
TELEFONO M 17-65

Instituto Católico Complutense
TELÉFONO S 1.817.—VELÁZQUEZ, 40.—APARTADO 269
Medicina, Farmacia, Ingenieros industriales, Correos, Telégrafos, Radiotelegrafía, Auxiliares de Hacienda, Judicatura, Registros y preparación militar. Gran Centro cultural, con brillantísimo profesorado.—Magnífico internado para más de 100 plazas, en hermoso hotel, situado en lo más higiénico y aristocrático de Madrid
Director: **MANUEL MOIX GOMBAU**
Doctor en Derecho y abogado del Ilustre Colegio de Madrid
Administrador: **PEDRO MOIX GOMBAU**
Presbítero

PUEBLA DE ALMORADIEL (TOLEDO)
CONSTANTINO S. VILLALBA
VINOS Y CEREALES

Aguas del Incio

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagneres de Bigorre, Pyrmont, etc.
Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

BÓVEDA (LUGO)

CALLOS

Si sufre usted de los pies es porque quiere. Compre hoy un tarro del patentado

UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá usted libre de callos y durezas, juanetes y ojos de gallo. Pruébalo y quedará asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.-Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias -:- España.



Vista del comedor del Hotel de París.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — *Brasserie* en el Hotel. — Orquesta en el espléndido *Hall*. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

— D. Manuel del Valle Díaz. —

NERVIOSINA DE T. GONZALEZ

De venta en farmacias

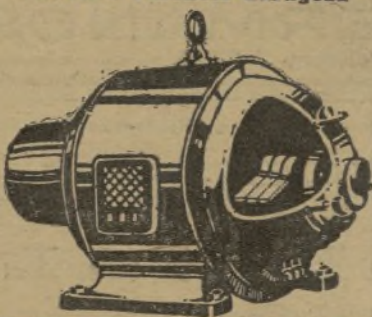
AEG

ELECTRO-MOTORES

de corriente continua y alterna trifásica

Suministro inmediato

A E G
IBÉRICA DE ELECTRICIDAD (S. A.)
MADRID: Nicolás María Rivero 8, y 10
SUCURSALES:
Madrid-Barcelona-Bilbao-Gijón
Sevilla-Valencia-Zaragoza



Las selectas producciones que se impondrán esta temporada por sus finos argumentos, lujosa presentación e irreprochable conjunto pertenecen al

PROGRAMA VERDAGUER

para el que trabajan los mejores artistas del mundo entero.

Sucursal: Plaza del Progreso, 5.—MADRID

Casa central: Rambla de Cataluña, 23.—BARCELONA

MANUEL LÓPEZ

FABRICANTE DE MUEBLES
SERRANO, 17 AYALA, 60



A UNA BUENA MADRE NO LE BASTA CON DAR UN BUEN ALIMENTO A SU HIJO; QUIERE DARLE

EL MEJOR ALIMENTO

esto sólo lo conseguirá con la NUTREINA y los diferentes productos, a base de plátanos, que prepara la Sociedad Española NUTREINA. Todo el Cuerpo Médico lo reconoce así; consúltelo usted y se convencerá de que es el alimento que más conviene a su hijo, porque favorece el desarrollo de los niños y los hace fuertes y robustos.

De venta en farmacias y buenas tiendas de ultramarinos. Contra envío 6 pesetas, se remiten franco estación, dos cajas grandes.

CARDENAL CISNEROS, 62. — MADRID